



Escritora:
Rosa María Nalvarte
(Lima, 1958)

IMAGEN OBTENIDA EN INTERNET POR ROSA MARIA NALVARTE.



Volar

Había superado una operación de extirpación de mama por tumor maligno. Físicamente se encontraba en franca recuperación, pero anímicamente estaba muy deprimida. El médico tratante estaba muy preocupado, su salud dependía del estado de ánimo. Era necesario darle un motivo para que siga viviendo. Mi padre, mi hermana y yo nos desvivíamos por prodigarle mimos y cuidados en casa. Nos agradecía constantemente tratando de animarse, pero no lo conseguíamos, no era la misma de antes.

Aurora, mi madre era muy querida por la familia y amigos, por su buen proceder. Siempre dispuesta a ayudar a los demás, parientes enfermos, amigos en dificultades, lo que fuera para otros y muy poco para ella. Tratando de hacerla reaccionar, apelé a su disposición de servicio y le pregunté:

–Mamá: ¿Podrías hacer algo por mí, algo que me haría muy feliz?
Recuerda que muy pocas veces te he pedido algo.

–Claro, lo que quieras, siempre fuiste un hijo ejemplar. Dime.

–¿Existe algo que no has podido hacer aún en la vida?

–He hecho todo lo que quería en mi vida, es más, todo lo que me propuesto, lo he conseguido. –Me respondió con firmeza–. Vivo bien, cuento con el cariño y la preciosa compañía de ustedes, ¿qué más puedo desear?

No era la respuesta que esperaba, quería que recordara sus deseos profundos, los sueños de juventud. Después de dos semanas...

–Hijo ya sé. Recién recuerdo un sueño que tuve de jovencita y nunca pude realizar. ¡Volar!... Voy a contarte un pasaje de mi vida, que no he compartido con nadie. Cuando tenía 16 años fui con tu tío Miguel al aeródromo de Collique, a visitar a un amigo suyo, piloto de aviación comercial. Volamos en avioneta por los alrededores de Lima y las playas. Quedé encantada con la experiencia, y más aún fascinada con los paracaidistas que se lanzaban temerariamente al vacío. Era increíble verlos flotar libres como aves en el aire por escasos minutos, para elevarse nuevamente, remontándose por los aires al abrirse los coloridos paracaídas, que frenaban su descenso a tierra.

Durante su relato, los ojos le brillaban de gozo, recordando esos maravillosos momentos. La idea de cumplir su anhelo surgió en mi mente, pero la decisión de mi padre fue tajante, nunca lo permitiría. Los ojos y la mirada de mi madre se llenaron de resignación. Siempre fue imposible, le escuché decir bajito.

El reto era difícil, pero no imposible. Indagué, pregunté, investigué y por fin encontré una posible solución. Un vuelo en parapente con instructor. Era algo muy seguro. Ella aceptó con alegría y entusiasmo.

Nos levantamos muy temprano esa mañana. Su vuelo fue corto pero maravilloso. Estaba muy emocionada por hacer realidad ese anhelo tan escondido. Y nosotros también, habíamos logrado que vuelva a soñar y eso significaba querer vivir.



* Historia publicada en la Gazeta No5 "Honrar la Vida", noviembre, 2021.